

POR LA MIRILLA

La señora Adela tiene tres mirillas y una chapita metálica con forma de Sagrado Corazón en su puerta. Se le ha caído muchas veces y la ha pegado otras tantas.

Tuvo que ser una mujer muy hermosa. Sus ojos todavía son grandes y su nariz, aunque prominente, es afilada y recta. Lleva cuarenta años viviendo en esta planta, en el primero B y siempre ha salido a comprar con su marido.

—Fernando, llevo un rato esperándote. ¡Vamos ya! —decía con los brazos en jarra.

Una mañana se fueron los dos, pero ella volvió sola. Durante muchos días su puerta permaneció sellada al marco, inmóvil, opaca; sin dejar entrar nada, sin dejar salir nada. Manteniendo en su interior el aire respirado por Fernando, el eco de su voz en los rincones.

Cuando al fin me la crucé en el rellano, vi que su cuerpo había encogido.

—Voy a tener que poner una mirilla más abajo —me dijo.

Sabía que, por esa segunda mirilla, se pasaba los ratos observando a la gente que entraba a la agencia de seguros a cambiar sus pólizas y también a los niños que llegaban a la academia que hay en el primero C. A mí me encanta entrar al portal y oler los guisos de Adela porque puedo ver que el aroma del sofrito adquiere la forma de mi madre, de espaldas, partiendo cebollas y echándolas en la cazuela.

Han pasado treinta días desde que la vida del rellano se detuvo. Nos han prohibido salir a la calle, así que ya nadie aparece por aquí, pero ayer vi a un chico haciendo un agujero en la puerta de Adela. Otra mirilla, la tercera, más abajo incluso. Una mirilla para contemplar un espacio vacío, para hurgar en la soledad y descubrir su transparencia.

El olor a cocina lenta ya no se cobija en el portal e imagino a Adela, comiendo un yogur con la vista hundida en el fregadero, con su delantal impoluto. Los silencios, dentro y fuera, imponen su cadencia, a veces interrumpidos por algo que se cae al suelo.

Sé que ella está al otro lado de la pared, con un cojín en la espalda para estar más cómoda, pero siento que se va alejando, que su garganta enmudece poco a poco y que sus uñas están largas.

Quería devolver algo de viveza a su curiosear por la mirilla así que, sin tener

ni idea de cómo se hace eso, he salido al rellano y me he puesto a leer unos versos en voz alta. Al instante he escuchado sus pies arrastrándose hacia la puerta. Sé que me miraba. Cuando he terminado, he podido notar que su regocijo se ocultaba detrás de una sonrisa tímida y sonora. Yo he agachado la cabeza un poco avergonzada, pero con el alma henchida. Estaba a punto de darme la vuelta para entrar en casa, cuando he visto la chapita metálica con forma de Sagrado Corazón caída. La he cogido y, mientras le quitaba los restos de pegamento reseco, he pensado que, quizás mañana, después de pegarla en la puerta de Adela, vuelva a leer unos versos en el rellano.

